

# ¿Qué aprendemos a enseñar del juego?

## Breve introducción a la temática de este número especial

Víctor Pavía \*

Al igual que tantos proyectos serios, la idea de producir el ejemplar que usted tiene en sus manos surgió... como jugando. Fue durante una comida, cuando un grupo de amigos ocasionales celebraba los logros del Congreso Internacional que los había reunido. REFID (a través de uno de sus editorialistas) reta a quien esto escribe a resignar transitoriamente su rutina de investigación en patios de recreo, para asumir la coordinación de un número así y así. Sellado el desafío, vinieron las risas, el brindis, las despedidas y los regresos. El desafiante, a su colorida Colombia; y el desafiado a la inmensidad patagónica que lo cobija desde hace treinta y tantos años. Quizá alguien se interese en saber que el desafiado hizo el viaje con el envite de REFID latiendo en la Notebook; como un corazón; o como una bomba, activada por su aceptación imprudente. Y que para desactivar la ansiedad lanzó a los cuatro vientos una convocatoria general.

El resultado es éste: un número especial hecho con mucho placer; también con esfuerzo, ya que cumplir con el compromiso asumido demandó una buena cuota de energía. No sólo para gestionar la colaboración de los autores, sino para configurar un eje temático que contribuyera a darle identidad a la edición. ¡Se ha escrito tanto sobre juego y Educación Física! Hay tanta literatura (de toda índole y valor)

disponible que uno se siente tentado a pensar que ya no se puede agregar nada más a las fórmulas consagradas de un discurso conocido, y que el jugar no es un tema de investigación sino de aplicación.

No obstante, el análisis minucioso de lo publicado deja al descubierto que hay cuestiones sobre las que se ha escrito menos y con menor énfasis. Entre los tópicos que acusan escasa presencia en el “estado del arte” hay uno que adquiere decisiva significación para el proceso de actualización disciplinar que se avecina y que, por esa misma razón, proponemos a los lectores como eje motivacional del presente número.

Ese eje conceptual es el siguiente: ¿Qué se aprende a enseñar del juego en las instituciones dedicadas a la formación docente en Educación Física? En otras palabras ¿Cómo se mantienen críticamente actualizados los componentes psico socio culturales del “jugar” que lo convierten en una actividad tan “propia” de nuestra profesión?

Superado el naturalismo ingenuo con el que alguna vez se explicó lo lúdico y asimilado el impacto que los nuevos paradigmas de las ciencias sociales tienen en el análisis de la cuestión educativa, ya nadie niega que desde la Educación Física se enseñan sólo ciertas y determinadas “for-

---

\* Coordinador del número.

Profesor de Educación Física. Licenciado en Actividad Física y Deporte. Magíster en Teorías y Políticas de la Recreación. Docente e Investigador de la Universidad Nacional de Comahue y de la Universidad de Flores, Sede Comahue. Docente de Postgrado en la Universidad Nacional de La Plata. Director Proyecto de Investigación Acción “ Grupos de Estudio sobre Juego y Educación” .

mas” de juego y un “modo” particular de jugar, “cristalizados” por la tradición disciplinar<sup>1</sup>.

Consecuentemente, lejos de pretender agregar más a lo que ya hay, el modesto propósito de esta entrega no es otro que poner a consideración de los lectores elementos que permitan interpelar esa situación a través del debate.

Un debate refrescante, tan necesario como insoslayable, del que la Universidad de Antioquia no quiere estar ausente, en honor a su compromiso con la exploración de nuevos horizontes epistemológicos para alumnos, egresados de nuestras universidades y demás profesionales interesados en la temática.

Con su artículo “El Juego en la formación del profesor de Educación Física. ¿Qué se aprende a enseñar?”, Ivana Rivero se pone en directa sintonía con el eje temático de este número. Para intentar una respuesta, esta docente de la Universidad Nacional de Río IV pone a disposición de los lectores parte de los resultados obtenidos durante su investigación sobre las representaciones de los formadores de profesores de Educación Física. La justificación del enfoque la da la propia autora: “A juzgar por las producciones bibliográficas utilizadas en la formación” el juego se ha hecho presente como configuración “constituyente de las prácticas identitarias de la disciplina.” Pero no cualquier “forma” de juego. De acuerdo con sus indagaciones, para los formadores de profesores de Educación Física “al tener al movimiento corporal como centro de atención, el juego inherente a la disciplina es el juego motor, marcando la existencia de una estrecha relación entre el grado de compromiso motor del juego y la alegría, el gusto que el juego despierta en el jugador.” Y agrega: “El meollo de la discusión reside en la relación que los formadores de profesores de Educación Física establecen entre lo que reconocen como estar jugando y lo que externamente pueden percibir”, distinguiendo las actitudes de los alumnos (futuros docentes)

frente a “situaciones que el profesor le propicia como actividad de juego para jugar” y las actitudes de esos mismos alumnos frente a “situaciones que el profesor presenta como actividad de juego para no jugar”. La observación de la autora no es una cuestión menor. Invita a realizar análisis más profundos acerca de cómo se aprenden y cómo se enseñan ciertos “modos” de jugar, tomando distancia del espontaneísmo ingenuo tan propio de ciertos discursos sobre el juego.

La pregunta de Román Cesaro, Jorge Nella y Nicolás Viñes no es sólo qué se enseña, sino qué se debería enseñar del juego en una educación que tenga por norte un proyecto emancipador. Se instalan así, decididamente en “la perspectiva teórico-política del debate”. Los autores representan esas nuevas generaciones que han sabido combinar responsabilidades de profesional con inquietudes de alumno de posgrado. Aceptaron colaborar en este número con la intención de “contribuir a realizar una mirada crítica que focalice en el juego perspectivas políticas de cambio, sobre todo a partir del concepto de autonomía”. Con profusión de interrogantes desafían al lector al debate... y ofrecen sobrados motivos para ello. Afirman que el juego en sus formas y modos “no es ni burgués ni proletario” y agregan: “Serán nuestras intervenciones, cuyas determinaciones sociales darán las características para dotarlo de significaciones”. Observan con tino que

(...) nuestro estilo de juego parece estar fuertemente identificado con una forma y por ende un modo de jugar (...) apuntan indefectiblemente al deporte, mientras los juegos, expresivos y de construcción, con juguetes, materiales alternativos, etc., aparecen sólo en las áreas estéticas.

Se preguntan por nuevas posibilidades de intervención pedagógica para las que deberíamos empezar a prepararnos. Es a partir de estas consideraciones que ponen a consideración de los lectores su idea de lo que consideran “el buen juego”.

---

1. “Forma” y “modo” constituyen dos categorías elementales descritas en el artículo inicial de la presente publicación: “Qué queremos decir cuando decimos ¡Vamos a jugar!”

Mientras los autores arriba citados no cejan en recordar que para conocer el verdadero significado del jugar “se requiere de la instancia que otorga la experiencia” y Jesús Vicente Ruiz Omeñaca, dedica un apartado a destacar “el carácter vivencial del juego motor”, Rolando Schnaidler invita a explorar los alcances de esas categorías cuando se pregunta: “Cuando los profesores invitamos a jugar ¿Qué experiencia nos proponemos vivir con nuestros alumnos?”. Con una perspectiva temática poco frecuente en publicaciones de nuestra especialidad, pone a consideración de los lectores fragmentos de textos seleccionados de tres autores en los que es posible encontrar en ese sentido. Dos de ellos (Jorge Larrosa, en “Pedagogía Profana” y Walter Benjamin, en *Sobre el programa de la filosofía futura*) recurren al término “experiencia” para explicar una serie de actividades características del hombre en tiempo libre y que, en la concepción de Rolando, bien se pueden relacionar con propuestas lúdicas de nuestro campo. El tercero es Dewey, “un inquieto investigador en cuestiones pedagógicas y sociológicas” que desde los EE. UU. “comienza a preocuparse por el uso del término experiencia para el aprendizaje, para los negocios, para la vida cotidiana”. Siguiendo a Dewey, Rolando afirma que una experiencia es resultado de una composición de relatos, gestos, movimientos, expresiones; tiene unidad, continuidad, sentido y... emoción, actuando como impulso y orientación. Cuando invitamos a jugar, agrega este docente e investigador de la Universidad Nacional del Comahue, estamos invitando a vivir una experiencia “de contacto con la cultura y la vida social”, en el marco de un sutil acuerdo que, parafraseando a Bateson, es meta-comunicacional y sirve a los jugadores para recordarse mutuamente: “Esto es un juego”. Precisamente cómo los/as jugadores/as se comunican que están jugando de un modo lúdico es la preocupación de Leonardo Díaz. En su artículo, este docente de la Universidad del Comahue y activo animador del Proyecto “Grupos de Estudio sobre Juego y Educación”, expone parte de los resultados parciales de una investigación que, tomando como caso determinados juegos realizados durante el recreo en una escuela de la Patagonia se pregunta: ¿Cómo se le comunica al otro que se está jugando? ¿Se pueden establecer algunas analogías entre ese hecho

y la situación de “doble vínculo”? ¿Pueden esas similitudes ayudar a los/as docentes a entender lo que implica decir en la escuela “¡Vamos a jugar!”?

El artículo de Jesús Vicente Ruiz Omeñaca, es genuina expresión del entusiasmo de quien esta convencido que “El Juego Motor Cooperativo” brinda un contexto óptimo de enseñanza, en el marco de un proceso humanizador. Con el fin de compartir los fundamentos de su pasión, nos propone un prolijo recorrido por tres “veredas” temáticas: 1. La que, a partir de la valoración de lo que para nosotros es la “forma” de un juego, conduce al análisis de la “estructura de meta de la tarea”. 2. La que, a partir de la consideración de lo que para nosotros es un “modo” de jugar, conduce a la consideración del paradigma educativo que lo determina. 3. La que, pensando en un conjunto intencionalmente organizado, analiza la clase en tanto contexto humanizador. Aceptado, en palabras del autor, “el carácter no neutro de la educación” el propósito de este Maestro Especialista en Educación Física y Licenciado en Psicología, es invitar a explorar las posibles aportaciones que pueden hacerse a la Educación Física desde los juegos con estructura de meta cooperativa. Inspirado en el análisis praxiológico de cuño parlebasiano, Jesús recurre a una frase del propio Parlebas para solventar esa perspectiva: “En el juego el maestro del juego no es el maestro, sino el juego mismo”. Una frase que, lejos de brindarse como una afirmación blindada, se nos ofrece como una puerta más por donde entrar al debate objeto de este número temático.

Cierra este número un ensayo de Luz Mireya Sarmiento Cruz, quien, con originalidad, sitúa “La Enseñanza de los Juegos Tradicionales” entre un mundo de realidad y otro de fantasía. Juegos que, al decir de esta Licenciada en Educación Física por la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia y Maestranda en Educación Corporal por la Universidad Nacional de La Plata, “al entrar en la escuela vinculan la realidad que se vive al interior de cada cultura recreándola a su vez en la fantasía de los niños que hoy tienen otra mirada sobre el tiempo que ya pasó”. Desde esta perspectiva, sigue diciendo la autora, los juegos tradicionales “han de ser una

posibilidad de recrear este paisaje de experiencias, de deseos, de ciudades y lugares, que siempre amparan la esperanza, en las risas y voces que surgen de los rincones de la fantasía”.

Dijimos al comenzar que al igual que tantos proyectos serios, la idea de producir este ejemplar surgió como jugando. Hoy la premisa renovada es “aprender a enseñar a jugar”, una premisa que, aun en su sencillez, obliga a los profesionales de la

Educación Física a asumir el desafío no sólo de conocer buenos y variados juegos, sino de saber cómo facilitar las condiciones favorables para que niños y niñas aprendan por sí mismos a jugarlos de un modo lúdico. Esperamos que todo el esfuerzo puesto en su realización rinda sus frutos. Y que cada uno de los artículos presentados sea valorado en su real magnitud, vale decir: como un pequeño aporte a una Educación Física soñada colectivamente. Tiene el lector la palabra.